

FUENTES HISTÓRICAS

Martín Miguel de Güemes pide ayuda y recursos a las autoridades de Buenos Aires para combatir al ejército realista en el norte del país 5 de octubre de 1816

El presente documento pertenece al dominio público.

Fuente de publicación: *Documentos para la historia integral argentina 3*,
Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981.

El patriotismo se ha convertido en egoísmo. Todos los hombres se han echado con la carga y quieren que sin trabajo y les llueva el maná del cielo. Semejante apatía e indolencia, obliga a tomar providencias sensibles, y lo cierto que si hemos de salvar al país, es necesario cerrar los ojos y los oídos y tomar el camino del medio. Así lo he dicho en estos últimos días, pero ni eso me ha valido. Creía que asustando un poco a esos caballeros, se ablandarían y me socorrerían. Pero me engañé. Hice correr la voz de que los llevaría en la vanguardia y que para quedarse darían alguna cosa para ayuda de los que trabajan. Pues con todo este aparato no he conseguido otra cosa que calentarme la cabeza. Se juntó el vecindario en casa del Alcalde de Primer Voto y entre todo, apenas han dado cuatro porquerías con que han auxiliado treinta gauchos, y esto dando a uno una camisa, a otro un poncho de picote y a otro un pedazo de jerga vieja. ¿Qué tal? ¿Caballos? Unos cuantos; acaso los peores que han podido hallar, de suerte que con dificultad llegarán a Jujuy. A vista de esto, ¿no he de alabar la conducta y la virtud de los gauchos? Ellos trabajan personalmente, y no exceptúan ni aun el solo caballo que tienen, cuando los que reportan ventajas de la revolución no piensan otra cosa que engrosar sus caudales.¹⁴

1816, pese a haberse declarado la Independencia, era un año funesto para la revolución americana. Rondeau había sido derrotado en Sipe Sipe (29-11-1815), recuperando de esta manera los españoles el Alto Perú: inmediatamente preparan la invasión a Salta con el

objetivo final de llegar al Río de la Plata y asestar el golpe definitivo a la revolución. La responsabilidad de que esto no suceda recae en Güemes y Belgrano, recientemente nombrado para reemplazar a Rondeau. Pero sus tropas, como lo expresa Belgrano, están envueltas por la miseria y el hambre:

Yo mismo estoy pidiendo prestado para comer. La tropa que tiene el gobernador Güemes está desnuda, hambrienta y sin paga, como nos hallamos todos, y no es una de las menores razones que lo inducen a hacer la guerra de recursos al enemigo. Yo mismo habría hecho otro tanto; pero estoy muy lejos y temo se me quedaría en la marcha la mitad de la fuerza de lo que se llama ejército.¹⁵

También Güemes hace repetidas referencias a esta grave situación económica:

Dentro de tres días me vuelvo para Jujuy, y seguidamente pasaré hasta la vanguardia con el objeto de visitarla y hablarla, consolándola en sus necesidades que me representan con ternura. Yo no tengo un peso que darles ni cómo proporcionarlo, porque este pueblo es un esqueleto descarnado, sin giro ni comercio. Me falta paciencia y a veces pienso tocar otros medios más violentos. Al cabo de dos meses pude socorrer a aquella infeliz tropa con cuatrocientos pesos, que no los tocaría ni a dos reales. En fin, vamos trabajando que quizá mejore el cielo sus horas.¹⁶

Esta situación lo obliga a solicitar en reiteradas oportunidades ayuda al gobierno de Buenos Aires:

Jamás la provincia que tengo el honor de mandar, por común aceptación a favor de mi ningún mérito, ha sido, es, ni será capaz de desplegar sus labios aun para la más leve queja. Después de tener la satisfacción gloriosa de haber visto a sus hijos sellar con su sangre, sostener con sus intereses y batir sus robustos bravos contra el enemigo común en las acciones todas prósperas y adversas que han ocurrido desde nuestra gloriosa revolución; ansiosos siempre de ganar nuevos timbres en el continuado silencio de una escasa suerte, han abandonado al presente hasta los últimos restos de fortuna, y lo que es más, a sus caras esposas y sus tiernos hijos, para correr a la vanguardia en número de más de mil hombres, a sostener en medio de la miseria al enemigo, que persuadido acaso de nuestra debilidad, trata de subyugarnos, sirviendo de antemural a las Provincias de la Unión.

Hechos tan sin ejemplar no puede mi corazón mirarlos con indiferencia, cuando la providencia me ha constituido jefe, Padre y Paisano de ellos. He apurado, Sor. Exmo., cuantos recursos y arbitrios han estado a mi alcance, no para premiar o remunerar debidamente a estos virtuosos guerreros, sino para proporcionarles el muy preciso alimento de que ya carecen, porque la situación actual, el absoluto cese del pingüe giro de las producciones de esta provincia con las del interior, por más de seis años, con otros fundamentos que no se ocultan a la sabia penetración de V. E., han obstruido absolutamente sus recursos, en cuyo caso y para que no se malogren los preciosos instantes

de imponer al coloso de nuestra libertad, espero que la benéfica mano de V. E. no dudando de mi aserto, proporcionará aquellos auxilios de numerario que prudentemente gradúe necesarios, remitiéndolos por los correos sucesivamente, puesto que la emigración de todo el comercio de esta ciudad haría infructuosa toda libranza.

Dios guíe a V. E. Salta y octubre 5 de 1816.

M. Güemes ¹⁷

La invasión española a Salta se va a ver dificultada por la acción de varios centros de resistencia que operan en el Alto Perú. Cada aldea o población era un foco de insurrección o republiqueta bajo las órdenes de un jefe. Entre éstos se destaca Manuel A. Padilla y su esposa Juana Azurduy. Por sus partes de guerra vemos que su táctica era similar a la de los gauchos de Güemes, pero los componentes de esta guerrilla eran los indígenas de la región:

En el número de 700 hombres entre la caballería salieron de Chuquisaca con el objeto de aniquilar las tropas que componían mi División, y más sabiendo de la ausencia que hice al pueblo de Pomabamba, con el fin de allanar las disensiones domésticas apenas estaría un día en aquel lugar, cuando se me da el parte de la acelerada marcha del enemigo, sin que por mi ausencia se me dedicase ningún comandante de los de mi satisfacción a impedir este veloz viaje tan ruinoso para los habitantes de mi Provincia, y sirviéndome este aviso de suficiente motivo para mi regreso, encontré en él la dispersión de mis tropas y sin más rumbo que la anarquía,

y el desorden causado por el oficial indecente Pedro Terraras y Narciso Callejas, a quienes dándoles el pronto destino de Santa Cruz pude organizar nuevamente para formar con ellas las defensas en los puntos más aparentes, dando lugar a que el enemigo se internase al centro de mi Provincia y cortarle después todos los auxilios y correspondencia que pudiera tener con la ciudad de la Plata. Para que mis designios se efectuasen, me puse con mi división en el punto de San Julián una legua distante de la Laguna, lugar donde hizo su Cuartel General el enemigo situando en el oriente, en la parte del Sur, que es el Villar, a mi esposa, doña Juana Azurduy con treinta fusileros y doscientos naturales con toda arma: en el punto de Sopachuy que hace en el intermedio del Sur y Occidente al capitán don Jacinto Cueto, con cuarenta fusileros, treinta lanceros y quinientos naturales de toda arma, y los más de ellos bien cabalgados. En el punto de Tarabuco que hace al occidente, al comandante don José Serna con treinta fusileros y con todos los naturales de aquella doctrina, que pasaban de dos mil hombres; quienes con sobrada energía, amor e intrepidez por la sagrada causa de la patria, miraban con desprecio sus vidas por oprimir al enemigo intruso, e interceptar sus correspondencias; colocados pues en los indicados puntos mandé que alternativamente hostilizasen al enemigo con frecuentes guerrillas expedidas por sus partes: el día tres de marzo dispuse una guerrilla por mi parte, a la cual concurrió el enemigo con todo su trozo que a no haber logrado de un punto ventajoso del que podía ofen-

der, con sobrada seguridad mis determinaciones hubieran estribado en la seguridad del retiro, y del que tal vez presumió el enemigo haberlo verificado así, por la poca gente que se le apareció respecto de estar la mayor parte de él parapetado, y obrando con energía de este modo, hasta ellos lograr de que reuniesen quince hombres de su parte, entre ellos varios oficiales y muchos heridos, que a vista de éstos se retiraron después de un largo combate que tuvimos desde las nueve del día hasta las seis de la tarde, sin que por mi parte hubiese perdido más gente que un oficial, quien después de haber caído prisionero fue pasado por las armas. Como la intención de éstos fuese cortarme la retaguardia, se tiraron para el punto del Villar con este objeto, donde saliéndoles al encuentro mi esposa doña Juana Azurduy, los repelió completamente, matándoles quince hombres; igual desgracia tuvieron en el punto de Sopachuy por la división que mantenía el capitán Cueto. A vista de tan frecuente persecución tuvieron por conveniente retirarse a la ciudad de la Plata, remitiendo de antemano con el teniente Castilla muchas mulas, caballos y ganados, pertenecientes a los vecinos de mi Provincia, los que fueron quitados por el comandante Serna, y naturales de Tarabuco, quienes destrozaron a muchos de ellos que componían dicha partida y los pocos que escaparon se regresaron hasta la Laguna. Con esta noticia el coronel José Santos de la Hera, que comandaba toda la División enemiga, y por hallarse más hostilizado y casi sin arbitrios de munición, determinó mandar al teniente coronel Pedro Herrera